

DE ACTUALIDAD



# Oficio de deshacer

Hubo un momento en que don Quijote, antes de echarse al campo, «no estando muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía» pero alabando en su autor «aquél acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura», estuvo por darse a escribir. «Muchas veces—dice el Libro—le vino deseo de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.» Y hasta sabemos que el bachiller Sansón Carrasco estuvo queriéndole convencer, antes de su segunda salida, de que en vez de correr aventuras las escribiera, desahogando así su espíritu.

¡Y las razones que el buen bachiller daba! Porque el bachiller fué, hasta que don Quijote le contagió de su locura, hombre socarrón y discreto y enemigo, sobre todo, de andar a vueltas con la justicia humana. ¡Cualquier día se mete él en algo como lo de la aventura de los galeotes! ¡Cualquier día a libertar a desdichados que, mal de su grado, los lleven donde no quieran ir!

«¿Cómo gente forzada?»—preguntó don Quijote—: «¿es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?» Y al decirle Sancho que era gente que por sus delitos iba «condenada a servir al rey en las galeras, de por fuerza...» «En resolución—replicó don Quijote—, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los lleven, van de por fuerza y no de su voluntad.» Y luego: «Pues de esa manera... aquí encaja la ejecución de mi oficio, deshacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables.» (Parte I, cap. XXII.)

Por donde se ve que el oficio de don Quijote, del más grande y más noble héroe que ha producido España, flor de nuestra casta, fué oficio de deshacer, y que lo más noble y puro y magnánimo que hizo fué deshacer. Y ya cuando, renunciando a acabar... por escrito la aventura de don Belianís, se resolvió «para el servicio de su república» a hacerse caballero andante e irse a buscar aventuras por todo el

mundo—¡y no tuvo que salir de su patria, de su república!—, fué a ejercitarse «deshaciendo todo género de agravio». (Parte I, cap. I.)

El más grande hacedor, el más grande creador, el más grande poeta de nuestra leyenda—una leyenda que es nuestra verdadera historia, la íntima, la entrañada, la eterna—, fué un deshacedor, y su oficio fué «para el servicio de su república» oficio de deshacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables condenados a servir al rey de por fuerza. Pero «¿es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?»—decía el héroe.

Los de la guarda, los que llevaban mal de su grado y de por fuerza a aquellos desdichados—entre los que iba Ginés de Pasamonte, que luego se hizo maese Pedro—, dijéronle al caballero que eran galeotes, «gente de su majestad, que iba a galeras, y que no había más que decir ni él tenía más que saber». ¡Gente de su majestad! ¡Vaya una manera de señalar!

¿Y lo de los delitos? Algunos de ellos se los declararon a don Quijote. Pero otros, de seguro que iban por delitos de aquellos que inventaba el Tribunal del Santo Oficio y definía el Calfás de turno. Para don Quijote era «duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres» y no le cabía en el corazón que pudiese haber «gente de su majestad»; pero... «Donosa majadería»—respondió el comisario—, con todo lo demás que un comisario tiene que decir. Entre ello, que se enderezara el bacía que traía en la cabeza y que no anduviese «buscando tres pies al gato». Mas al cabo los galeotes despojaron al comisario «hasta dejarle en cueros». Y no seremos nosotros quien le defendamos al señor comisario.

¡Grandiosa aventura la del héroe que «para el servicio de su república» se dedicó al oficio de deshacer fuerzas y agravios, de libertar a la «gente de su majestad», a la que el rey había hecho fuerza! Y dejando ahora otros comentarios a ese inmortal pasaje, quintesencia de cristianismo ibérico—y ya en nuestra «Vida de Don Quijote y Sancho» lo comentamos—, queremos, lector, que te fijes en lo de «deshacer fuerzas» y en que el oficio del espejo de caballeros españoles era oficio de deshacer.

Hay, señor, quien dice que aquí, en España, cada día se deshace algo que no se rehace después, mas ello es inevitable. El oficio más patriótico hoy, el de para mayor y mejor servicio de

la república, es oficio de deshacer. Y sería peligroso rehacer nada sobre los escombros y escoriales de lo que se deshace y antes de limpiarlos y dejar despejado el suelo.

No, señor, no; no se puede ni se debe rehacer. Sobre la ruindad hoy y aquí reinante, todo rehacimiento sería peligroso. Sólo cabe rehacer sobre la generosidad, sobre la magnanimidad, sobre la ecuanimidad, sobre el respeto y, ante todo y capitalmente, sobre la justicia. Y aquí no hay hoy roca de justicia sobre que rehacer.

No, señor, no; sobre la injusticia, sobre la ruindad, sobre el terror livido, sobre el miedo a la verdad, sobre la cobardía, sobre la frivolidad, no se puede ni se debe rehacer nada. No, no cabe rehacer hasta no haber acabado de deshacer todo lo ruinoso y todo lo que amenaza ruina.

MIQUEL DE UNAMUNO

